

El ministerio de los catequistas. Aproximación teológica en clave pastoral

The Ministry of Catechists. Theological Approach in a Pastoral Key

[Artículo de reflexión]

Juan Pablo Espinosa Arce¹

Recibido: 12/09/2022
Aceptado: 07/02/2023

Citar como:

Espinosa Arce, J. P. (2023). El ministerio de los catequistas. Aproximación teológica en clave pastoral. *Revista Albertus Magnus*, 14(2), 8-21.
<https://doi.org/10.15332/25005413.10406>



Resumen

El artículo reflexiona en torno al ministerio de los catequistas a partir de una óptica teológico-pastoral. A partir de la recuperación de algunos elementos propios de la fisonomía de este servicio particular de la comunidad cristiana, se busca mostrar cómo el trabajo de comunicación de los contenidos de la fe y de su vivencia particular por las comunidades en las cuales los catequistas se encuentran da cuenta de aquellos elementos que dan sentido a dicha misión específica. La misión catequética supone, en definitiva, una escucha atenta a la tradición de la Iglesia, a la vez que una transmisión creativa de la misma en vínculo íntimo con la fuerza del Espíritu que dinamiza dicha escucha y palabra.

Palabras clave: catequesis, ministerio, fe, tradición, iglesia.

Abstract

The article reflects on the ministry of catechists from a theological-pastoral perspective. Starting from the recovery of some elements of the physiognomy of this

¹ Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, Chile. Correo electrónico: jpespinosa@uc.cl; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2474-9185>.

particular service of the Christian community, we seek to show how the work of communicating the contents of the faith and its particular experience by the communities in which the catechists are found. It seeks to account for those elements that give meaning to said specific mission. The catechetical mission involves, in short, an attentive listening to the tradition of the Church as well as a creative transmission of it in an intimate bond with the force of the Spirit that energizes said listening and word.

Keywords: catechesis, ministry, faith, tradition, church.

Introducción

En el siguiente texto buscaré pensar la clave pastoral de la aproximación teológica inicial. Trabajaré los siguientes puntos: a) del catecismo a la catequesis; b) fisionomía de la catequesis y de los catequistas (b.1 apropiación comunitaria y creativa de la tradición; b.2 espacio de profundización de la fe; b.3 signo profético de anuncio); y c) finalmente, algunas perspectivas a modo de síntesis.

Además, considero relevante explicitar que, en cualquier caso, esta presentación busca despertar una conversación posterior. Entiendo que los elementos que aquí serán presentados deben (o pueden) animar a seguir estudiando y a recuperar diversas actualizaciones teológicas, pastorales y didácticas para ofrecer siempre un mejor ministerio catequético.

Aproximación teológica al ministerio catequético

La etapa catequética en la formación de los evangelios

Metodológicamente, en el momento de estructurar una presentación o un discurso, es necesario seleccionar elementos, consignar puntos y dejar nociones o ideas fuera de esa misma presentación. En un afán de recuperación de lo bíblico, quisiera comenzar por lo que he denominado la etapa catequética en la formación de los evangelios. Con este punto, estaré trabajando la cuestión de cómo los relatos evangélicos, tanto los sinópticos como el Evangelio de Juan, se fueron organizando en diversas etapas hasta llegar al relato *definitivo* (Herranz, 1978, pp. 93-94; Läpple, 1968, pp. 19-24; Moule, 1973, pp. 61-92). Dentro de estas etapas, encontramos una que está íntimamente vinculada con la cuestión catequética, a saber, la segunda etapa, que está marcada por la predicación. Indica Mariano Herranz (1978): “después de la resurrección y ascensión de Jesús, este grupo de discípulos y la comunidad creyente que nace en torno a ellos da forma a una tradición de las palabras y los hechos de Jesús” (p. 94).

Junto con ello, Herranz (1978) dice que esta acción va destinada a un grupo particular de cristianos, los llamados “ministros de la palabra” (Hech 6.2-4), los cuales tenían como función la “predicación viva” (p. 95). En este grupo de predicaciones aparece, dentro de otras funciones, la tarea del acompañamiento a los catecúmenos. Continúa Herranz (1978):

[la oralidad se hace presente en la] instrucción a los que con el tiempo se llamarán catecúmenos, exhortación homilética en las celebraciones litúrgicas a los ya bautizados, preparación de catequistas y predicadores, etc. La comunidad en que esta tradición se forma recita y transmite, está compuesta por los que creen en Jesús resucitado y glorioso. (p. 95)

De lo anterior, destaco los siguientes puntos: en primer lugar, el reconocimiento de que los catequistas de la primera comunidad cristiana provienen de la llamada segunda generación, es decir, de aquellos que han recibido el testimonio de los apóstoles. En segundo lugar, la centralidad del kerigma (la Pascua) como elemento predicado. La catequesis, cualquiera que sea la época en que se realice, debe tener como centro lo acontecido en la muerte y resurrección de Jesús.

Como indica Alfred Läßle (1968): “ante todo, las ideas en torno a las cuales giró la predicación apostólica fueron la idea de la muerte y de la resurrección del Señor” (p. 20). Para afianzar esto, la centralidad fundamental del Espíritu en la comunidad es un elemento basal en el momento de entender la vida de la comunidad primitiva. En tercer lugar, la vinculación de la catequesis y la liturgia, en cuanto a lo acontecido en Jesús y con Jesús, era tanto enseñada como celebrada al interior de las comunidades cristianas. No hay catequesis sin liturgia, y la liturgia queda vacía sin el elemento de predicación. Como indica Läßle (1968): “el culto sagrado fue el medio principal de que se sirvieron los apóstoles para su predicación” (p. 20).

Otro elemento clave en esta primera etapa de la catequesis tiene que ver con lo que Läßle indica, a saber, la adecuación discursiva que los predicadores tuvieron en relación con la perspectiva de sus auditorios. En palabras de Läßle (1968):

los Apóstoles en su predicación tuvieron muy en cuenta el nivel espiritual, religioso y social de sus oyentes judeo-cristianos o pagano-cristianos, para lograr ser entendidos. Su predicación se adaptó a la mentalidad de entonces y también presentó matices especiales de

acuerdo con el nivel espiritual o con las necesidades religiosas del momento. (p. 20)

Y más adelante el mismo Läßple (1968) indica:

la predicación apostólica se sirvió de las más diversas formas y géneros literarios: catequesis, narraciones, testimonios, himnos, doxologías, oraciones: toda ella obedeció a estas directrices: decir valientemente la verdad, proclamar en amor de gratitud a Cristo, hacer una propaganda misionera bien entendida y dar testimonio de Él ante todo el mundo. (p. 20)

Estas ideas trabajan sobre el corazón de la didáctica cristiana: el uso del lenguaje, los modos de discurso, qué decir y cómo decirlo, y qué recursos utilizar. Evidentemente, la catequética tiene un objetivo de propaganda, como la llama Läßple (1968), es decir, de comunicación efectiva de lo que se quiere dar a conocer. En parte, lo pastoral tiene que ver con ello, con el anuncio atractivo de la verdad y, para ello, los predicadores (diríamos los catequistas) tienen un rol fundamental en esa misma belleza del testimonio.

La Didajé de los apóstoles como texto catequético originario

Dentro de los primeros estratos de la predicación, encontramos un texto que, por su sentido originario y abiertamente catequético, ocupará nuestra atención en este segundo punto. *La Didajé o Doctrina de los doce apóstoles* es un texto en el que un autor desconocido, que escribe bajo el título de los doce apóstoles, expone las cosas que la comunidad cristiana debe creer y cómo debe proceder, sobre todo en la liturgia y en la vida cotidiana. *La Didajé* (“enseñanza” o “didáctica”) es un texto compuesto hacia el año 70 d. C. (previo incluso a algunos evangelios), en Siria o en Palestina, por un autor desconocido que tenía un fuerte vínculo con la predicación primitiva (Ruiz Bueno, 1974, p. 20). Según Ruiz Bueno (1974), el estilo de la *Didajé* es abiertamente catequético. En sus palabras:

la lengua y el estilo de la *Didaché* es de sencillez y evidencia inmediata. Podríamos definirlos como estilo y lengua catequética, aquella catequesis en que se enseñó primero la doctrina cristiana y se propagó en alas del viento la palabra de Jesús y de donde había de salir la maravilla única de la divina, épica y nunca igualada sencillez de los Evangelios. (Ruiz Bueno, 1974, p. 74)

Por lo tanto, hemos de indicar, con Ruiz Bueno (1974), que el autor del texto es un catequista que apuesta por, y en sus palabras, “un cristianismo profundo y práctico, testimonio vivo de nuestra fe” (Ruiz Bueno, 1974, p. 75). La *Didajé*, con ello, es un catecismo primitivo.

Alguna breve palabra sobre el método o lo escrito en la *Didajé*: 1) la instrucción tiene como fondo el uso de las palabras de Jesús. Toda la enseñanza está fundamentada en lo dicho y hecho por Jesús. En palabras de la *Didajé*: “respecto a vuestras oraciones, limosnas y todas las demás acciones, las haréis conforme a lo que tenéis mandado por el Evangelio de nuestro Señor” (*Didajé* xv,4); 2) presenta elementos de comportamiento moral y de organización y celebración litúrgica para la comunidad, especialmente de los sacramentos (bautismo, eucaristía); 3) al final del documento encontramos instrucciones sobre el fin del tiempo y la venida del Señor. Es un documento que vale la pena conocer, leer y trabajar sobre él, en cuanto manifiesta la vida de la comunidad cristiana primitiva y el modo de instrucción catequética usado por esa misma comunidad.

El tránsito de la apologética a la teología fundamental

Un último punto en esta primera parte. Considero que la actividad didáctica (diríamos *pedagógica*) de la catequesis hunde sus raíces en la exhortación que Pedro realiza a la comunidad cristiana: “dar razón de la esperanza a quien se la pida, pero con moderación y respeto” (1 Pe 3.15-16). Dar razón significa ofrecer un discurso *razonable* en torno a aquello que es creído, celebrado y vivido por la comunidad. Que la predicación cristiana tenga un fondo sensato es un elemento que supone la estructuración de un discurso coherente, atento a los contextos y auditorios, consciente de las limitaciones propias del lenguaje, atento a los requerimientos de quien lo pronuncia y, detrás de todo ello, que se sostenga en la fuerza del Espíritu como motor de la pronunciación de ese mismo discurso, enseñanza o, en nuestro caso, actividad catequética.

El porqué de pensar la catequesis en el marco de la teología fundamental es que considero que la catequesis, en su esfuerzo de comunicación de la fe, puede vincularse, en cierto sentido, con el esfuerzo metodológico y con la intención de la teología fundamental. Digo “en cierto sentido” porque quiero mantener la identidad particular de ambas formas de discurso creyente, a la vez que reconozco que la catequética hunde sus raíces en un discurso teológico específico.

El *dar razón de la esperanza* ha sido utilizado como modo o sentido de lo que en teología conocemos como “teología fundamental” (Waldenfels, 1994; Pié-Ninot,

2006; Dulles, 2003; Silva Gatica, 2016). La teología puede definirse como el discurso sobre Dios y, en particular, el discurso que el ser humano realiza sobre la experiencia que hemos tenido de Dios. Somos nosotros quienes construimos discursos teológicos a partir de lo vivido. Con ello, la experiencia adquiere un carácter clave para, desde ahí, pensar la acción divina. Es *fundamental*, siguiendo lo indicado por Hans Waldenfels (1994), porque es una “ciencia teológica introductoria” (p. 100) que tiene como sus temas centrales la revelación y la fe. Más adelante, Waldenfels (1994) indica que la teología fundamental tiene como intención la transmisión de la fe cristiana “en cada espacio vital” (p. 103).

La teología fundamental tiene su historia propia, la cual va desde la apologética hasta llegar a la teología fundamental tal como la conocemos hoy. La apologética, o defensa y exposición de la fe, y al decir de Sergio Silva (2016), tiene sus raíces en los comienzos mismos de la fe cristiana (*cf.* 1 Pe 3.15). Waldenfels (1994) habla de la apologética en términos de *demostración* de la verdad evangélica, indicando que solo en el cristianismo se encuentra el depósito de la verdad. El segundo momento de la historia de la teología fundamental tiene que ver con lo *gnoseológico* o con la teoría del conocimiento (Silva Gatica, 2016), es decir, con lo instaurado desde la modernidad, especialmente con la teoría de los lugares teológicos del dominico español Melchor Cano, quien recupera la tradición en vista de la crisis de la reforma de Lutero. Con la teoría del conocimiento se evita que la teología caiga en lo que Silva (2016) denomina el “autoengaño” (p. 191), es decir, el abuso de los límites del discurso al punto de caer en la idea de que la teología es mera ideología. El último momento de la historia de la teología fundamental y que Sergio Silva (2016) ubica en la “función sistemática” (p. 191).

En esta función se comenzaron a trabajar los conceptos centrales de toda teología y se pasó, como hito más relevante, de una idea de revelación marcada por la noción de que ella es la entrega de una serie de principios a cumplir, a entenderla como un acontecimiento ocurrido en la historia que muestra a un Dios que se vincula con el ser humano. La fe, en esta perspectiva, aparecía como una respuesta intelectual a los principios divinos y, con el cambio de orientación de la teología fundamental, la fe pasó a entenderse como respuesta a la relación con Dios. En palabras de Sergio Silva (2016):

la función sistemática es necesaria para una teología que quiera ser algo más que la mera repetición de afirmaciones inconexas de la fe, es decir, que quiera penetrar en los nexos que hay entre los diversos

misterios de la fe y entre estos misterios y la experiencia humana en su totalidad. (p. 192)

Me quiero detener en este último punto, en cuanto considero que la catequesis debe constituir un espacio que afecte a la totalidad humana y a su vinculación afectiva, intelectual y comunitaria con lo acontecido en la revelación. La catequesis no debe ser, por tanto, la mera enunciación de verdades o principios a creer, sino que tiene que ser un momento de conocimiento y profundización amorosa en la palabra de Dios pronunciada en el tiempo y en la historia. Con ello, también diría que la función sistemática propia de la teología fundamental puede extenderse a la catequética, en cuanto a construirla como un espacio armónico e interrelacionado entre lo creído y el acto de creer.

En esta función sistemática, Silva (2016) ubica la llamada función dialogal. El diálogo tiene que ver con la difusión de la palabra evangélica en el mundo y no con una conservación intimista de la misma. Siguiendo el mandato de Jesús (Mt 28.19-20), la iglesia está llamada a anunciar a todos la buena noticia. Silva (2016) marca dos elementos clave en la función dialogal: el primero es que, si la Iglesia quiere ser escuchada, debe aprender a escuchar; y el segundo es que, cuando se escucha al mundo, también se está escuchando al Verbo que se hace presente en cada realidad humana. Parafraseando esto para la actividad catequética, podríamos indicar que, si la catequesis quiere ser significativa, debe aprender a escuchar el contexto en el cual se ubica y, al escuchar el contexto, la catequesis debe aprender a discernir la voz del Espíritu que resuena en los signos de los tiempos propios de cada época. La actitud de la escucha supone la humildad, el discernimiento y el compromiso efectivo con la historia, en cuanto la catequesis se realiza *en* el mundo y no fuera de él. El ministerio catequético en clave pastoral

Del catecismo a la catequesis

Según la Real Academia Española-RAE, el *catecismo* es una palabra que se define en dos acepciones: “1. m. Libro de instrucción elemental que contiene la doctrina cristiana, escrito con frecuencia en forma de preguntas y respuestas; 2. m. Obra que, redactada frecuentemente en preguntas y respuestas, contiene la exposición sucinta de alguna ciencia o arte”. Por su parte, la misma RAE define *catequesis* a partir de tres acepciones: “1. f. Ejercicio de instruir en cosas pertenecientes a la religión; 2. f. Arte de instruir por medio de preguntas y respuestas; 3. f. Lugar o reunión donde se imparte la doctrina cristiana”. La intención de comenzar esta segunda parte recuperando el significado de las

palabras tiene que ver con reconocer cómo el lenguaje constituye una herramienta a través de la cual se construye un determinado discurso y entender que ese discurso, compuesto de lenguaje y, por tanto, de palabras, tiene una intención o un espíritu detrás que marca su comprensión y ejercicio.

Analicemos lo que el diccionario nos ofrece sobre cada una de estas palabras que, en apariencia, pueden verse como sinónimos, pero que tienen una identidad particular. En primer lugar, sobre el *catecismo* se destaca que este es un libro o una obra con preguntas y respuestas. Tiene que ver con el sentido antiguo de fórmulas tales como: *¿Dónde está Dios? En la tierra, en el cielo y en todo lugar;* o de preguntarse: *¿cuántos dioses hay? Uno solo, no más.* El catecismo se construía a base de preguntas formuladas y de respuestas también formuladas en función de preguntas ya dadas y, en consecuencia, con respuestas también construidas con antelación. El catecismo, como obra en sí, se construye sobre una cierta pasividad; es decir, el auditorio tendría que repetir lo que aparece escrito en sus páginas y, desde ese marco, aprender mera doctrina. Con esto, seguiríamos el modelo de la teología meramente intelectual, en donde todo se basa en principios que se deben aprender y repetir.

Por lo tanto, ¿qué supone un libro construido sobre preguntas formuladas por otros? ¿Tiene valor *mi pregunta* o *nuestras preguntas*? ¿De qué nos priva una catequética construida sobre estas preguntas fijas? No puedo sino responder o intentar responder desde la pedagogía, desde mi campo de reflexión y trabajo. Paulo Freire y Antonio Faúndez (2013) escriben un sugerente libro titulado *Por una pedagogía de la pregunta: crítica a una educación basada en respuestas a preguntas inexistentes* el cual tiene como propósito reflexionar sobre el carácter destabilizador y constructor del acto de preguntar y de cómo una educación liberadora, propositiva y madura se basa en la realización de preguntas, de buenas preguntas. Antonio Faúndez (2013) indica: “en la enseñanza se han olvidado de las preguntas, tanto el profesor como los estudiantes las han olvidado y, en mi opinión, todo conocimiento comienza por la pregunta” (p. 69) o que el conocimiento comienza con lo que el mismo Faúndez (2013) denomina el “primer lenguaje” (p. 72), que es el lenguaje de la pregunta. Más adelante indica: “el primer lenguaje es el del cuerpo y, en la medida en que es un lenguaje de preguntas y en que limitamos esas preguntas y no oímos o valoramos sino lo que es oral o escrito, estamos eliminando una gran parte del lenguaje humano” (Faúndez, 2013, p. 72). Freire (2013) llama a esta no realización de preguntas “castración de la curiosidad” (p. 69) y Faúndez dirá que el profesor debe enseñar a preguntar y que “solo a partir de preguntas se buscan respuestas, no al revés”

(Freire y Faúndez, 2013, p. 69). Por su parte, la escritora y científica argentina Remedios Zafra (2021) habla de “experimentar preguntas” (p. 27) y el poeta estadounidense Charles Bukowski (2006) escribe: “tenemos que descubrir una nueva voluntad y un nuevo camino [...] soy una plegaria hambrienta” (p. 29).

Veamos qué pasa con la *catequesis*: las palabras que encabezan las acepciones tienen un profundo tono relacional o personal. Se habla de arte, de instrucción o de reunión. La catequesis, con ello, es la actividad a través de la cual se profundiza en la experiencia creyente, pero ya no de manera pasiva, sino de modo activo, como dice Remedios Zafra (2021), como *experimentación de preguntas*. Aquí aparece lo que anteriormente decíamos con Sergio Silva (2016) en torno a la dimensión sistemática de la teología fundamental, a saber, la vinculación entre el dato de la fe y la vinculación humana con ese dato. Con ello, el ministerio catequético debe promover la creatividad al momento de formular preguntas y de que esas preguntas nazcan de los miembros de cada comunidad de catequesis. Volviendo a las preguntas clásicas del catecismo, habría que preguntarse también: *¿qué entendemos por el concepto Dios? ¿cómo llegamos a formular el concepto? ¿qué significa que Dios hable o que calle? ¿siempre habla? ¿por qué no lo vemos? ¿qué significa ver o conocer a Dios? ¿qué impacto vital tiene para mí que Dios hable?* Estas y otras preguntas tienen lo que Avery Dulles (2003) llama la comunicación o el lenguaje simbólico, es decir, el uso de imágenes, símbolos, lenguajes y experiencias discursivas tangibles, sociales e históricas. Esto, para Dulles (2003), tiene centralidad en la misión de comunicación de la fe en el mundo contemporáneo, comunicación de la cual la catequesis es partícipe activa. De este modo, es importante transitar del catecismo a la catequesis, cambiar nuestro discurso y el uso de las palabras, y acentuar el carácter progresivo, comunitario y situado de la catequesis familiar, catequesis de iniciación cristiana o del apellido que ella posea.

Fisionomía de la catequesis y de los catequistas

Dicho esto, procederé a presentar en tres puntos cuáles, a mi entender, son los elementos que marcan la fisionomía o el carácter pastoral o teológico de los catequistas y de la catequesis. Hablo de una fisionomía teológica porque considero que los catequistas poseen una función teológica dentro de la comunidad, aunque en un sentido *impropio*; es decir, participan del relato teológico y de la comunicación de la fe, pero no desde una profesión civil o canónica.

Apropiación comunitaria y creativa de la tradición

El primer aspecto tiene que ver con que la catequesis y los catequistas son receptores de la tradición de la Iglesia. La catequesis, y aunque suene obvio, no se enseña a sí misma, sino que enseña lo que ha recibido a lo largo de las generaciones y que se remonta al mismo Jesús. Con esto, volvemos al primer punto de nuestra presentación, cuando trabajábamos el fundamento de la catequesis en la formación misma de los evangelios.

La recepción de la tradición, en general, y la *recepción*, en particular, tiene una importancia teológica y eclesial propia. Recibir no es solo hacerlo de manera pasiva, sino que tiene que ver con el proceso de apropiación comunitaria y creativa de lo transmitido. El teólogo suizo Hans Urs von Balthasar (2001), en su artículo “El lugar de la teología”, presenta elementos que nos pueden ayudar a trabajar este aspecto de la fisonomía de la catequesis. Hablando de la recepción, von Balthasar (2001) sostiene:

la teología viva de todo el pasado ha de ser asumida de manera vital, sin olvidar que la indicación del Espíritu ayer no será idéntica a la indicación del Espíritu hoy, dado que aquella fue su indicación para la especial situación de ayer, pero no es en ningún caso indicación para la situación de hoy. Esto no significa desconfiar de las fórmulas y las formulaciones, los sistemas y las imágenes del mundo de la teología de ayer. La desconfianza no es una actitud fecunda, abierta. Pero significa [...] que en esta plenitud de hoy permanezca viva la plenitud de ayer y adquiera en ella una nueva vitalidad. A su vez, la vitalidad del teólogo actual que dialoga con la tradición de ayer constituye una nueva y pesada responsabilidad: el respeto a los valores imperecederos (de los Padres, de la Escolástica, de la espiritualidad), respeto que ha de ir unido con la mirada incorruptible para captar el signo del tiempo, adherido a todo fenómeno. (pp. 159-171)

De esta extensa cita, quisiera destacar algunos elementos: en primer lugar, el aspecto dinámico del Espíritu, el cual actúa en cada época, despertando el corazón de la cultura, del pensamiento y de las formas de entender el mundo. Cada época es diferente y, por ello, es importante reconocer que las formas de hacer teología, de hacer catequesis o de pastoral también responden a los desafíos de cada tiempo y lugar. En segundo lugar, el reconocimiento humilde de que mi época no es mejor que la anterior y que mañana vendrá otra época con otros desafíos y lenguajes que reciben la tradición, recepción que debe estar animada por el

Espíritu. Somos hijos e hijas de quienes nos precedieron. En tercer lugar, el trabajo formativo y de actualización de los comunicadores de la fe. Von Balthasar (2001) habla de los teólogos, pero esto se puede extender a los catequistas y a toda la dimensión docente o pedagógica de la Iglesia. El teólogo suizo habla de la lectura de los Padres de la Iglesia, es decir, de los teólogos que, en los primeros siglos del cristianismo, dieron fisonomía a la doctrina; también menciona la lectura de textos espirituales, y yo añadiría la de la Escritura y la teología nacida en nuestro continente. Los catequistas no pueden quedarse solo con el texto usado para la catequesis: deben ir más allá. Eso le da vitalidad a la catequesis.

Espacio de profundización de la fe

Por ello, la tradición quedaría infecunda si no se profundiza. La catequesis parroquial tiene que ser un *huerto* o un *jardín* en el cual crezcan nuevas flores, nuevos pastos y mejores árboles. Hay que aprender a trabajar la tierra, a podar y a abonar. Esto es la profundización de la fe. Profundizar significa escrutar o adentrarse en su significado más profundo, en el corazón de lo recibido, ya no en la mera repetición de la pregunta-respuesta, sino en dar razón de la fe recibida. Es ejercer un cristianismo adulto, sensato y abierto en su discusión. Es más: esto tiene que ver con la condición escatológica de la misma fe cristiana, es decir, con su progreso, su itinerancia y su carácter peregrino. En la profundización, vamos abriendo nuevos espacios de pensamiento y de reconocimiento de la riqueza inagotable de la fe cristiana.

Para ejemplificar esto, quisiera proponerles la lectura de algunos textos espirituales. En primer lugar, el anónimo *El peregrino ruso*. El relato cuenta la historia de un hombre que camina durante mucho tiempo tratando de responder a la pregunta de qué significa orar sin cesar (*cfr.* 1 Tes 5.17). El peregrino anónimo se describe a sí mismo en los siguientes términos: “[...] por mi condición, un caminante sin hogar de muy humilde origen, errante de lugar en lugar” (Anónimo, 1993, p. 13). Sumaría el texto de Teresa de Ávila *Castillo interior* en donde la santa escribe a sus monjas carmelitas sobre el trayecto que el alma realiza por siete niveles o siete estancias hasta encontrarse con Dios en la última de ellas. También sugiero el texto del jesuita francés Michel de Certeau *El extranjero o la unión en la diferencia*, que es su autobiografía y que muestra cómo la errancia es propiamente una nota de la fe cristiana.

Estos y otros títulos muestran cómo la fe es una cuestión que se profundiza, que funciona más en el itinerario que en la mera celebración de hitos o eventos. La

catequesis, por ello, tiene hitos durante el proceso de su desarrollo (el padrenuestro, la entrega del Credo, de la Biblia, retiros, entre otros) en cuanto a que estos hitos son momentos significativos durante el camino. No es que el hito sea el centro, sino que el itinerario trabaja sobre el hito o que el hito está al servicio del camino.

Pienso también que la catequesis tiene que ser un pulmón no solo para la catequesis misma, sino que debe estar al servicio de toda la comunidad parroquial. Me explico: los catequistas, por su ministerio pastoral, son quienes están más capacitados para ayudar en la comunicación y profundización de la fe. Este estar capacitados supone también la capacitación y actualización permanente en diversas materias teológicas, así como en técnicas didácticas. Aquí hay un desafío para nuestra propia catequesis parroquial.

Signo profético de anuncio

Con estas últimas perspectivas (la ubicación de la catequesis como pulmón comunitario), estoy apelando a que una de las notas constitutivas que considero como integrantes de la fisionomía de la catequética, a saber, ser signo profético de anuncio de buenas nuevas. La catequesis, así como la liturgia, tiene la particularidad de trabajar con personas de todos los grupos etarios: niños, jóvenes, familias, novios y adultos. La catequesis tiene el potencial de llegar a todos en sus diversas modalidades, con sus lenguajes particulares y con los itinerarios propuestos específicos. Y, por tener la capacidad de impactar en todas las formas de vida que integran la comunidad parroquial, el anuncio profético va apareciendo como una actitud y una actividad que marca la fisionomía de este ministerio.

Este don de profecía, dado por el Espíritu, y el anuncio de las buenas noticias de Jesús, no las de la catequesis, han de estar marcados por la vivencia profunda del amor. Los profetas están fuertemente vinculados con el pueblo, con su presente, con sus dolores, con sus vivencias de lucha y con sus miradas de futuro. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez (2008), un auténtico padre de la iglesia del continente, en una entrevista de 2008, afirmó que la teología era, a su juicio, una carta de amor al pueblo de Dios. Gutiérrez (2008) indica:

la poesía es el mejor lenguaje del amor. Y Dios es amor. El mejor lenguaje para hablar de Dios es la poesía. Un lenguaje profundo que ve el mundo y ve la relación con el otro desde una dimensión y una hondura que el concepto no ofrece. Aunque no escribamos poesía, la

teología misma debe ser siempre una carta de amor a Dios, a la Iglesia y al pueblo que servimos. (p. 145)

Extendamos esto a la catequesis: la catequesis debe ser una carta de amor a Dios, a la Iglesia y al pueblo que ha sido confiado a la misma comunidad.

Conclusiones

La vida catequética tiene una hondura y una ministerialidad propias dentro de la comunidad cristiana. A partir de las reflexiones y recuperaciones teóricas que hemos ofrecido en este artículo, se ha visto cómo, desde la primera hora de la vida de la Iglesia, el lugar de los maestros de la fe ha tenido relevancia en la fisonomía de la misma comunidad. Al finalizar, quisiera ofrecer, siquiera breves, puntos de síntesis en torno a la forma a través de la cual la vida catequética va desarrollando su actividad dentro de las comunidades cristianas.

En primer lugar, es importante destacar la relevancia de una vinculación afectiva y efectiva entre el catequista y la tradición de la Iglesia, contenida en su doctrina, en sus símbolos de fe y en sus prácticas celebrativas. El catequista no puede vivir desvinculado de dicha trama vital que lo une a la historia de su comunidad, sino que debe reflexionar una y otra vez sobre los modos de profundizar en la gran tradición y las formas creativas y didácticas de comunicar esta fuente inagotable, en especial la Palabra de Dios contenida en la Escritura. Evidentemente, la catequesis constituye el rostro concreto de la entrega doctrinal en una comunidad, y es allí donde la vivencia catequética se vincula con un todo que la antecede y la sostiene en la fuerza del Espíritu.

En segundo lugar, se debe realizar una recuperación de la didáctica propia de la catequesis. Esta es la educación de la fe vivida en la parroquia, como unidad vital de la presencia de la Iglesia en un territorio; sin embargo, también se dan instancias de catequesis en colegios u otros lugares sociales. Cualquiera que sea el caso, se considera menester que la catequesis pueda ir aprendiendo otros modos de comunicación del contenido de la fe, es decir, una didáctica explícitamente religiosa, pastoral o teológica, que es el modo a través del cual se enseña y profundiza en el contenido temático o explícito. Supone aquí la presencia activa de la creatividad de la catequesis, que aprende a recuperar nuevos espacios y modos de comunicación de la fe, por ejemplo, los recursos tecnológicos y sus nuevos soportes o otros elementos similares.

En tercer lugar y finalmente, la importancia de mirar la catequesis dentro de la teología fundamental. A mi entender, este punto es clave en un posible doble sentido: en primer lugar, el establecimiento de los modos de comunicación de la fe, en donde tanto la teología fundamental como la catequesis participan, con sus métodos particulares, sin confundirse, pero sin vivir aisladas. En segundo lugar, la importancia de la cuestión dialógica y fundamentada en cuanto a herramientas de pensamiento crítico, atento a las preguntas de nuestro tiempo y de cómo la catequesis, en cuanto forma particular de comunicación de la fe, aprende a responder a esas mismas preguntas.

Referencias

- Anónimo. (1993). *La vida del peregrino: la mística de la oración continua del corazón*. Edaf.
- Bukowski, Ch. (2006). *¡Adelante!*. Colección Visor de Poesía.
- Dulles, A. (2003). *El oficio de la teología: del símbolo al sistema*. Herder.
- Herranz, M. (1978). *Los evangelios y la crítica histórica*. Cristiandad.
- Freire, P y Faúndez, A. (2013). *Por una pedagogía de la pregunta: crítica a una educación basada en respuestas a preguntas inexistentes*. Siglo XXI.
- Gutiérrez, G. (2008). “La teología como carta de amor”, (15 de julio de 2008).
<http://blog.pucp.edu.pe/blog/manuelpiqueras/2008/08/05/gustavo-gutierrez-la-teologia-como-carta-de-amor/>
- Läpple, A. (1968). *El mensaje de los evangelios hoy*. Paulinas.
- Moule, Ch. (1973). *El nacimiento del Nuevo Testamento*. Verbo Divino.
- Pié-Ninot, S. (2006). *La teología fundamental*. Secretariado Trinitario.
- Ruiz Bueno, D. (1974). *Padres Apostólicos: edición bilingüe completa*. BAC.
- Silva Gatica, S. (2016). *La teología latinoamericana de la Liberación en sus inicios: un intento de comprensión*. Anales Facultad de Teología
- Von Balthasar, H. (2001). El lugar de la teología. En *Verbum caro: Ensayos teológicos I*. (pp. 169-170) Cristiandad.
- Waldenfels, H. (1994). *Teología fundamental contextual*. Sígueme.
- Zafra, R. (2021). *Frágiles: cartas sobre la ansiedad y la esperanza en la nueva cultura*. Anagrama.